

## EL SEÑOR ENRIQUE ERNESTO GIGOUX

El 26 de Julio, murió en Santiago, a la edad de 88 años, el distinguido hombre de ciencias, señor Enrique E. Gigoux. De cepa francesa, había nacido en Copiapó en 1863, ciudad en que pasó sus primeros años. Un espíritu de rebeldía, que caracteriza toda su juventud, hizo que no se aviniera con los cánones de escuelas y colegios, de tal manera que sólo sus muy primeras letras las obtuvo en estos establecimientos educacionales. Junto con esta rebeldía, un espíritu abierto al mundo y una auténtica vocación, lo llevó desde muy temprano a dedicar la mayor parte de su tiempo al perfeccionamiento intelectual, estudiando por propia iniciativa en tratados y textos de su tiempo. La generosidad con que lo había dotado la naturaleza a este respecto, pronto lo hizo descollar, y se constituyó en una especie de mentor, entre los jóvenes de su generación, que tenían preocupaciones científicas o literarias. Al mismo tiempo que acrecía su cultura, empezó a sentir una vocación por el estudio de la vida que se le ofrecía en racionadas porciones, en aquel medio hoscó y parco del desierto. Al principio, su curiosidad lo llevó a estudiar el mundo de los insectos y de las plantas, luego el mundo de los fósiles y minerales, emprendiendo continuas excursiones por los contornos de su ciudad natal, las cuales, al mismo tiempo que le procuraban material para ensayarse en los caminos de la ciencia, le infiltraron un hondo amor por la naturaleza, por los paisajes de su terruño y por el desierto.

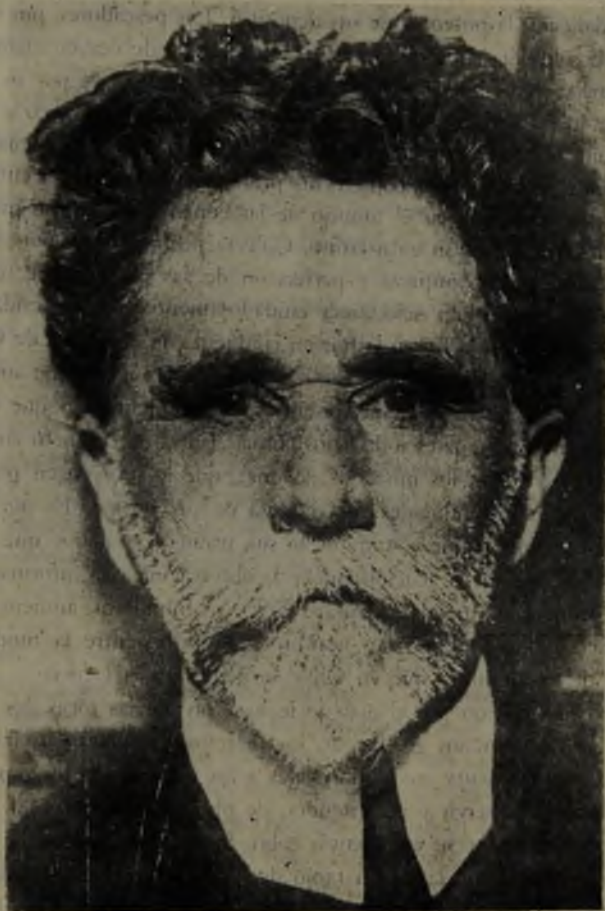
Junto con estas inquietudes científicas, le agitaban también preocupaciones de orden literario. Incuestionablemente bien dotado en este sentido, se ensayó en la prosa, en el verso, y emprendió, con la pertinacia que le caracterizaba, una serie de obras de cierta envergadura, las cuales, en su mayoría, nunca vieron la luz pública.

Eran, sin embargo, las preocupaciones científicas las que primaban en su espíritu, y en ellas fué donde encontró su intelecto el camino definitivo.

Durante los primeros años se dedicó, para ganarse la vida, a variadas actividades, estando en ello dirigido también, en cierto modo, por sus preocupaciones intelectuales. La fotografía, que recién llegaba a aquellas regiones, le apasionó con el misterio de los ácidos, de las emulsiones y los procesos de desarrollo, siendo tal vez ésta la primera actividad práctica que tuvo en su vida. Más tarde trabajó en las minas, particularmente en Chañarillo, dedicado a tareas de laboratorista y de inspección. Después es el comercio lo que polariza definitivamente su actividad práctica y se dedica a la farmacia. Al mismo tiempo que ya se desempeñaba vigorosamente en la vida, seguía cultivando su espíritu y estudiando las ciencias más dispares: estudió biología con particular interés, pero no dejó la química y agregó la odontología.

Años más tarde se instaló en Caldera, puerto de toda aquella región de tan rica vida, en circunstancias que en esta localidad, existía una intensa actividad minera y una fundición. Una farmacia abierta en la esquina de la Plaza con la calle que baja hacia el mar, lo vió pasar la mayor parte de sus años, entregado a los trabajos del recetario, ejerciendo un verdadero apostolado sobre la población, y empleando sus solaces, en el estudio de la naturaleza de los contornos. Ahora era el mar el que se le ofrecía como un inmenso campo a la curiosidad permanente que le agitaba.

En aquellas regiones, frente a la parquedad de las tierras que escatiman la flor, el insecto y el mamífero, el mar, en cambio, se muestra ubérrimo y generoso. En él las aves encuentran abundante alimento y millares de pájaros marinos vuelan continuamente sobre las olas y pueblan los roqueríos costeros. En las playas, innumerables moluscos, equinodermos, crustáceos, celenterados, etc., se ofrecen a la cu-



Don Enrique Ernesto Gigoux

riosidad y las mismas terrazas marinas que se desarrollan, están constituidas por infinitas conchas trituradas que atraen la curiosidad por su abundancia y la potencia de sus depósitos. Los pescadores, por otra parte, todos los días llegan trayendo su cosecha, y de vez en cuando, algunos peces raros que llaman la atención por sus formas, por su color o por su estructura. Todo esto atraía poderosamente y, poco a poco, se conforma en el señor Gigoux, un estudioso del mar, al cual le va a dedicar numerosos trabajos y sus principales desvelos. Su curiosidad, pronto encuentra en el mundo de las conchas un campo predilecto, y a ellas dedica su entusiasmo. Colecta profusamente por el litoral velando por la limpieza y perfección de sus piezas; hace series innumerables y después selecciona cuidadosamente. Las necesidades de la determinación le hacen entrar en contacto con científicos de Chile y de otras partes del mundo. Los capitanes de las naves que anclan en el puerto, le traen de tierras distantes, libros, ejemplares que solicita, piezas de otros mares y de otros climas. Entra en contacto con el mundo entero y con los misterios del mar, que le sobrecogen por la vastedad de sus posibilidades y la belleza de sus formas. Es por ese entonces, cuando empieza a publicar sus primeros trabajos que llaman la atención por la acuciosidad de la observación y la información rica de primera mano que procuran. Crece su biblioteca, aumenta su experiencia, y poco a poco su nombre se inscribe entre la modesta pléyade de los hombres que en Chile se dedican a la ciencia.

Pero su vocación por el mar no le hace olvidar las rocas, los meteoritos, los fenómenos geológicos, los insectos, las plantas o las estrellas. Continuamente envía materiales a los museos y a los especialistas, deseo de servir y de aprender, de obtener materiales en consulta y de aumentar su experiencia sobre la naturaleza. El sabe que hay que especializarse en algún ramo de la ciencia, para poder destacarse; pero lo que a él le atrae no es la planta, o el animal, el fenómeno geológico o la roca, sino la naturaleza. Si él hubiera de especializarse, sería en la naturaleza entera y no en ninguna de sus partes.

Así transcurre su vida. Entre sus tareas de farmacia, su acción de consejero social, la vigilancia de sus intereses, el estudio de la ciencia y de la naturaleza, las preocupaciones literarias que no dejan de se-

guir bullentes en el seno de su espíritu, van pasando los años a medida que acrece su experiencia y su caudal de conocimientos.

Se ha casado y tiene varios hijos. Su nombre ha trascendido de la región y en las revistas científicas tiene la satisfacción de ver aparecer, por aquí y por allá, esos pinchazos que va dando en el mundo que lo rodea. Permanece, sin embargo, como agobiado frente a la grandiosidad del espectáculo y de la tarea que tiene por delante. ¿Cómo sorprender más íntimamente a esa naturaleza que siempre se le escapa? Porque la naturaleza no es ni el camarón, ni el molusco, ni el ave que vuela, ni el insecto, ni el roquerío. Es ese todo que desde lo alto de la terraza, en las tardes, contempla cuando se pone el sol y bullen los pájaros en su ajetreo nocturno, mientras el mar debate, a sus pies, su angustia interminable.

Pasan los años. Allí está siempre el hombre que sale en su coche de dos ruedas a recorrer los contornos y a recoger esas briznas del mundo, que va acumulando en las piezas de su casa, la cual, poco a poco se convierte en un museo. El está orgulloso de aquellas piezas cuidadosa y religiosamente escogidas. Se sienta entre ellas, toma sus libros, lee unas páginas, medita, escoge aquellas que le preocupan en el momento y estudia. . . Una desazón le roe por dentro sin embargo. ¡La naturaleza! . . . Abandona su estancia y se va a mirarla afuera, en el campo reverdecido por aquella lluvia que cayó recientemente, en el mar con sus aguas agitadas, en el cielo poblado de estrellas.

¡Pobre hombre de ciencia! Está triste. ¿Cómo asir lo inaccesible? ¿Cómo sorprender ese todo, en su complejidad y en su imponencia? Pasan los años y es tan difícil encontrar el camino.

En 1927 se traslada a Santiago. Sus hijos, establecidos en la capital y los males económicos que siempre aquejan al que vive para el espíritu, son los motivos que lo traen. Su nombre vastamente conocido, y su vocación, lo ubican en el Museo de Historia Natural, donde toma a su cargo la Sección de Zoología. Durante sus primeros años trabaja con fervor en importantes trabajos. Restaura los tipos de aves del Museo en compañía de Gualterio Looser, y se preocupa del estudio de las conchas. Sin embargo, algo se quiebra en su interior. Ya no es el hombre rodeado por la imponencia de la naturaleza, como en su pequeño puerto del norte. Los años le imprimen sus achaques

y no puede ir con la frecuencia que deseara a mirar el campo, los cerros o el mar. No tiene la comodidad de sus bienes propios. El Museo está en reconstrucción y no le ofrece lo que deseara para canalizar su actividad. Si mira en el contorno, no encuentra sus huesos de ballena, sus conchas, sus aves, preparadas por propia mano, o su telescopio por el cual puede mirar los cielos límpidos de la noche en el desierto.

Trabaja con ahinco, sin embargo, en las tareas de rutina. Su bonhomía y su espíritu acogedor, hacen pronto que su oficina sea el centro espiritual del Museo. Allí nos hemos sentado todos a conversar un instante, cuando las tareas o las preocupaciones nos agobian, o a debatir los problemas comunes. Siempre había allí un espíritu que sentíamos amigo y que sabía enrielar nuestras preocupaciones o proporcionarnos los datos que nos hacían falta para seguir adelante cuando nos encontrábamos en un callejón sin salida.

A la muerte de don Ricardo Latcham, 1943, es nombrado Director en su reemplazo. Para él, esto constituyó una gran alegría, porque veía premiada una vocación de toda su vida. Sin embargo, los años ya son muchos. En 1946 lo sorprende una hemiplejía que, sin dañarlo muy profundamente, inhibe su actividad. Atiende todavía a sus funciones, pero en 1948 se acoge a la jubilación. Para poder hacerlo, fué necesario que el Parlamento le concediera años de servicio como empleado público.

Su vida ya estaba concentrada en pocas cosas. Escribía sus artículos semanales para "Las Últimas Noticias" con el cariño de su antigua vocación. Se sentaba en un sillón de peluche a mirar los jardines de la Avenida Portales, y conversaba cuando lo iban a ver sus hijos o alguno de sus viejos amigos. Su integridad intelectual se conservó intacta hasta el último momento y era admirable oírlo todavía cuando hablaba de su tierra, del puerto en el norte, de Copiapó, de las minas, del mar con sus misterios insondables, o de las estrellas.

Cuando lo despedimos en el cementerio, quisimos decirle nuestro viejo afecto, y guardar su recuerdo como una compañía. Al rendirle este homenaje en el Boletín, queremos saludar en él a estos científicos del pasado, que por amor a la naturaleza, nunca canalizaron sus esfuerzos y lucharon incansablemente por tratar de comprenderla toda, por sorprenderla en su integridad y en su misterio.

**BIBLIOGRAFIA DEL SEÑOR ENRIQUE E. GIGOUX  
EN LA REVISTA CHILENA DE HISTORIA NATURAL**

- Lo que viven sin comer algunos animales. Tomo II (1898).
- Las Pectinarias: como construyen sus habitaciones. Tomo III (1899).
- El aquarium de Caldera. Tomo IV (1900).
- El *Sigaretus concavus*. Tomo XIX (1915), pág. 71.
- El *Monoceros crassilabrum*. Tomo XX (1916), pág. 11.
- Un escutelídeo terciario de Caldera. Tomo XX (1916), pág. 80.
- Coloración anormal del *Pecten purpuratus*. Tomo XXII (1918), pág. 153.
- Apuntes sobre la geología y topografía de Caldera. Tomo XXV (1921), pág. 68.
- Anomalías en las ramas de *Oxalis gigantea*. Tomo XXVII (1923), pág. 1923.
- Aves que nos visitan. Tomo XXVIII (1924), pág. 83.
- Calandrinia discolor*: un caso de exuberante lozanía. Tomo XXIX (1925), pág. 191.
- Protoparce sexta coestri*. Tomo XXX (1926), pág. 99.
- La quebrada de león. Tomo XXX (1926), pág. 288.
- El *Licolaemus nigromaculatus*. Tomo XXXI (1927), pág. 182.
- Fructificación anómala de un granado. Tomo XXXI (1927), pág. 201.
- Plantas industriales del valle de Copiapó. Tomo XXXI (1927), pág. 282.
- Los Moluscos de la obra del Abate Molina. Tomo XXXIII (1929), pág. 458.
- El Huemul. Tomo XXXIII (1929), pág. 573.
- La *Sterna hirundinacea* Less. Tomo XXXII (1929), pág. 89.
- Plantas industriales del valle de Copiapó. (Conclusión). Tomo XXXII pág. 129.
- Aves de la Quebrada del León y alrededores. Tomo XXXII (1928), pág. 144.
- Sobre ostras fósiles de Atacama. Tomo XXXII (1928), pág. 202.
- Aves marinas de Atacama. Tomo XXXIV (1930), pág. 130.
- Sobre algunas aves de Atacama. Tomo XXXV (1931), pág. 42.
- Sobre algunos caracoles terrestres de Atacama. Tomo XXXVI (1932), pág. 25.

- Aves productoras de guano en el Norte de Chile. Tomo XXXVII (1933).  
pág. 68.
- Los moluscos marinos de Atacama. Tomo XXXVIII (1934), pág. 274.
- El Morro Copiapó. Tomo XXXIX (1935), pág. 253.
- ¡Cuarenta años! Tomo XL (1936). pág. 1.
- El *Helix aspersa* Mull. Atacama. Tomo XL (1936), pág. 42.
- Sobre *Tinamotis Pentlandi Vigors*. Tomo XLI (1937), pág. 8.
- El agua de Chorrillos y el *Bufo Spinclosus*. Tomo XLII (1938), pág. 2.
- La Travesía. Tomo XLIII (1939), pág. 17.
- La Rara (*Phytotoma rara*, Mol.) Tomo XLIV (1940), pág. 4.

EN EL BOLETIN DEL  
MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL

- Contribución a la Ornitología Chilena. Tomo XII (1929), pág. 42.
- Los tipos de aves conservados en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, E. E. Gigoux y G. Looser. Tomo XIII (1930), pág. 5.
- Contribución Ornitológica. Tomo XIII (1930), pág. 37.
- Zoología del Aysen. Tomo XIV (1935), pág. 59.
- ¡Cuarenta años! Tomo XV (1936). pág. 159.
- Contribución a la conchiliología arqueológica. Tomo XV (1936), pág. 3.
- La *Oliva peruviana* Lamarck. Tomo XVI (1937), pág. 3.
- Los ofidios chilenos. Tomo XVIII (1940). pág. 5.
- Notas conchiliológicas. Tomo XIX (1941), pág. 5.
- Aves del Valle de Copiapó, de mar a cordillera y lugares adyacentes. Tomo XX (1942), pág. 19.
- Don Carlos E. Porter. Tomo XX (1942), pág. 107.
- La pesca en las costas de Atacama. Tomo XXI (1943), pág. 9.
- Fósiles de Atacama. Tomo XXII (1944), pág. 45.



## EN LA REVISTA UNIVERSITARIA

- 1926 El *Mixine Dombeyi*. V. XI, Nº 6.
- 1927 Aves y nidos. V. XII, Nº 2.  
Moluscos y equinodermos. V. XII, Nº 4.  
La *Ephedra andina*. V. XII, Nº 5.  
El silbido y la succión de las serpientes. V. XII, Nº 5.  
El *Latrodectus formidabilis* y el veneno de las arañas. V. XII, Nº 7.  
La *Cypricardia enigmática*. V. XII, Nº 8.  
Notas, observaciones y recuerdos de los indígenas de Atacama. V. XII, Nº 8  
Las marmitas de los gigantes. V. XII, Nº 9.  
Mariposas diurnas del valle de Copiapó. V. XII, Nº 10.
- 1928 El cerro Bramador de Copiapó. V. XIII, Nº 2.  
Las piedras campanas. V. XIII, Nº 3.  
El *Termes chilensis*. V. XIII, Nº 4.  
La exterminación de las especies. V. XIII, Nº 7.  
El cetáceo fósil de Caldera. V. XIII. N.os 8 y 9.  
Los olores y sabores de nuestras frutas. V. XIII, N.os 8 y 9.  
El miraje de cabeza de vaca.
- 1938 Sobre algunos batracios y sus leyendas. V. XXIII, Nº 2.
- 1939 Notas ictiológicas. V. XXIV, Nº 1.
- 1940 Homenaje a Molina. V. XXV, Nº 3.  
La *Artemia* de las salinas. V. XXV, Nº 3.
- 1941 Notas malacológicas. V. XXVI, Nº 2.
- 1943 Las arañas y su veneno. V. XXVIII, Nº 1.
- 1943 El Dr. Porter. V. XXVIII, Nº 1.
- 1945 El Cururo. V. XXX, Nº 1.
- 1946 Contribución a la oceanografía chilena. V. XXXI, Nº 1.

